CARAS Y CARETAS

SEMANARIO FESTIVO, LITERARIO, ARTÍSTICO Y DE ACTUALIDADES

AÑO II — BUENOS AIRES, 13 DE MAYO DE 1899 — N.º 32

OBRA PRIMA



—¿Y qué vá Vd. á hacer con ellas?
—Pues echarles unas capelladas.

LOTERÍA NACIONAL DEL PARAGUAY

Autorizada por el Honorable Congreso de la Nación por ley del 28 de Mayo de 1896

Hace sus sorteos en globos de cristal y bajo la intervención del Gobierno Nacional.

Juega el lunes 15 de Mayo con 3200 suertes, en 20 millares y premio mayor de $ 10.000. El billete entero vale $ 2.50, el quinto 50 centavos. Los premios se pagan en la calle San Martín 288.

MARIANO L. OLLEROS.— Administrador.

GABINETE FOTOGRÁFICO

DE

CARAS Y CARETAS

Reproducciones

Ampliaciones

Bromuros

Platinos, etc.

En el deseo de satisfacer con toda puntualidad los numerosos pedidos que constantemente se nos hacen de las fotografías que publicamos en este periódico, participamos á los interesados que desde esta fecha pueden dirigirse á nuestra administración, Maipú 392 ó á la Fotografía de Bixio, calle Florida, 55; donde hallarán una gran cantidad de vistas, retratos, etc., ya publicados.



FABRICA DE GUITARRAS Y DEPOSITO DE ACORDEONES

— DE —

FRANCISCO NUÑEZ y C.ª

Casa fundada el año 1870. Variado y completo surtido de cuerdas de tripa, acero y bordones de todas clases. Se hacen composturas de toda clase de instrumentos de cuerda. Variada colección de música para guitarra y bandurria. Especialidad en todos los artículos del ramo. Ventas al contado por mayor y menor.

1620, CUYO, 1628 — BUENOS AIRES

Teléfono Cooperativa N.° 399

ACABA DE APARECER

Y SE MANDA GRATIS

GRAN CATÁLOGO ILUSTRADO

DE APARATOS Y ÚTILES FOTOGRÁFICOS

CON



Nuevas Rebajas

ENRIQUE LEPAGE Y C.ía

BOLÍVAR, 375

BUENOS AIRES

Compañía Sud Americana de Billetes de Banco

ESCRITORIO: SAN MARTÍN 155

ADMINISTRACIÓN: CALLE CHILE 263

IMPRENTA
LITOGRAFIA
ENCUADERNACION
FUNDICION DE TIPOS
FOTOTIPIA
AUTOTIPIA, etc.

PELUQUERIA Y PERFUMERIA

DE

J. ANTIQUEIRA

ESPECIALIDAD EN PERFUMERIAS FINAS



POSTIZOS DE PELO

DE

TODA CLASE



Instalación completa y perfeccionada del sistema de ASEPSIA que ha sido inspeccionado y aprobado por la Asistencia Pública y Departamento Nacional de Higiene. Desinfección de los útiles para cada servicio.

SALON ESPECIAL PARA PEINAR SEÑORAS

SE PEINA Á DOMICILIO

FLORIDA 402 ESQUINA CORRIENTES 601

Unión Telefónica, 489

BUENOS AIRES

Vicente Peluffo y C.ía

Gran especialidad en Semillas y Plantas

SEMILLA DE ALFALFA BONAERENSE

EXTRA-DEPURADA

MEZCLAS DE PASTOS TIERNOS

PARA

POTREROS Y PRADOS PERMANENTES

Casa central: ALSINA, 623

UNIÓN TELEFÓNICA 1259
COOPERATIVA 623

BUENOS AIRES

Victoria 940 — DROGUERÍA TRONGÉ — Victoria 940

LOTERÍA DE BENEFICENCIA DE LA RIOJA
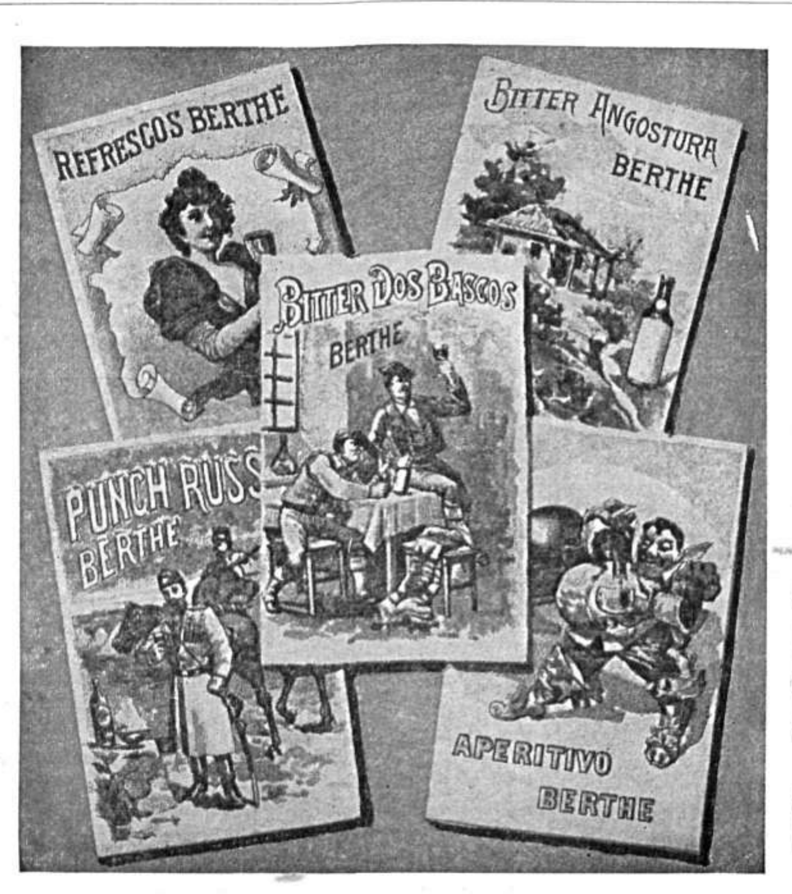
AUTORIZADA POR LEY 12 DE JULIO DE 1894

Esta Lotería abona sus premios por el extracto de la Lotería de Caridad de Montevideo y da mayor cantidad en premios al público que las otras que juegan por el mismo extracto, como se puede comprobar comparando los programas. El próximo sorteo se verificará el día **18 de Mayo** con el premio mayor de **$ 20000** y **2704** premios. Juegan 15 millares.

Oficina para el pago de premios en la Capital Federal: **Calle Artes 361.**

El extracto oficial se publica en el diario *La Patria degli Italiani.*

El premio mayor del sorteo verificado el día 18 del pasado, N.º 7082, ha sido abonado en la Oficina de la Empresa calle Artes 361, á los señores Santiago Guastavino, calle 64 N.º 784; Francisco Cusatto, calle 10 N.º 1586; Antonio Zuchi, albañil, calle 39 N.º 887; Y. Bielli y Cadario, á comisión, calle 50 N.º 611; Luis Pintos, calle 68 esq. 11 y Manuel Raé, empleado del Banco Hipotecario, calle 45 entre 12 y 13; todos vecinos de La Plata, capital de la Provincia.



La CREMA LOLA MONTES de la Dra. Dolores Wilckinson de Brunetti, alimenta el cutis, regenera los tejidos, evita y cura las arrugas. Su uso constante

JESÚS CUBELA

AGENTE DE

CARAS Y CARETAS

Número suelto: 14 centésimos

SARANDI 179 MONTEVIDEO

INSTANTÁNEAS

REVISTA SEMANAL DE ARTE Y LETRAS

Lleva infinidad de grabados en colores y en negro - - - - - - - - - - - - -

Precio:
15 centavos número

Dirigir los pedidos á la Agencia en Sud-América

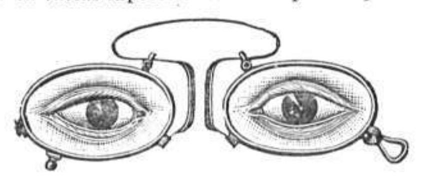
SARANDI 179 - JESUS CUBELA - MONTEVIDEO

Se necesitan agentes en la República Argentina

PROFESOR A. CROZET

ÓPTICO OCULISTA

Especialista de las escuelas prácticas de París. Premiado en varias exposiciones con el primer premio.

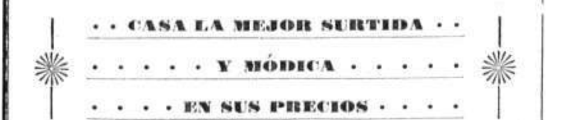


Examen práctico y minucioso de la vista. Anteojos sobre medidas y correcciones de todos los defectos visuales según la ciencia Optica oculista. Enderezamiento de la vista bizca. Estrabismo sin operaciones algunas. Consultorio en Córdoba: Hotel de Roma. Gratis para los pobres: Jueves y Domingo.

I. RILLO

Unión telef. 1810
Cooperat. 1069

ALFOMBRAS



645, CANGALLO, 647

BUENOS AIRES

C. SOLARI É HIJO

La Buena Medida

CHACABUCO y MORENO

Sucursales:

CUYO y SAN MARTIN · · · ·
· · · y PERÚ, AVENIDA DE MAYO

CONFITERÍA DE PARÍS

ANGEL PELUFFO

264, ARTES, 264

SEMILLAS Y PLANTAS

Casa premiada con dos grandes diplomas de Honor y seis medallas de Oro en la Exposición Nacional de 1898.

Primera Fábrica Nacional * * * *

FUNDADA EN EL AÑO 1879

De Caños y Planchas de plomo, estaño y estañados. Munición de caza. Balas, Ballenas. Elementos para Telégrafos y Teléfonos. Plomitos de seguridad para bultos en tránsito, etc.

MAVEROFF HERMANOS

Fábrica de caños: Escritorio: GENERAL LAS HERAS 192
Fábrica de Munición: CALLE CASEROS 686

BUENOS AIRES
UNIÓN TELEFÓNICA 8642

VINO ARGENTINO MARCA "CALIZ" CAJÓN $ 14.00

Superior á los Oportos. Pídase en todas las confiterías y almacenes.

Cerveza negra "STOUT ARGENTINA"

DE LA SOCIEDAD ANÓNIMA



UNIÓN TELEFÓNICA 14138 — 350, CARIDAD, 350 — COOPERATIVA TELEFÓNICA 2159

UNIÓN TELEFÓNICA 14138 — 350, CARIDAD, 350 — COOPERATIVA TELEFÓNICA 2159

¿Por qué puede criar esos mellizos
tan sanos y rollizos?
Pues porque mientras dura su lactancia
toma nuestra cerveza en abundancia.

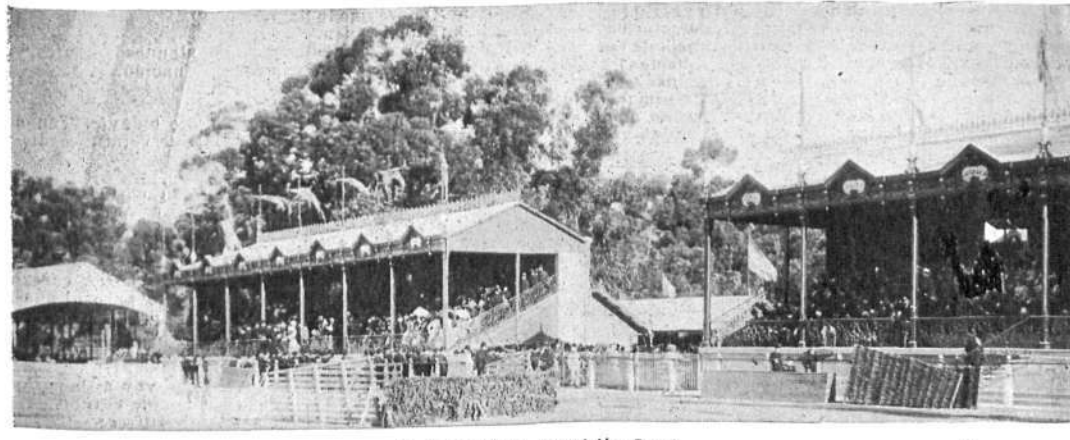
CARAS Y CARETAS

SEMANARIO FESTIVO, LITERARIO, ARTÍSTICO Y DE ACTUALIDADES

EUSTAQUIO PELLICER — REDACTOR | JOSÉ S. ÁLVAREZ — DIRECTOR | MANUEL MAYOL — DIBUJANTE

AÑO II | BUENOS AIRES, 13 DE MAYO DE 1899 | N.° 32

LA FERIA CABALLAR



El palco de la Exposición Rural

Fué todo un acontecimiento industrial y mundano esta segunda feria caballar, realizada, como la anterior, en Palermo, bajo el patrocinio de la Sociedad Rural Argentina. Los días de otoño, tibios, dorados, puros, excepcionalmente propicios á la expansión «hacia afuera» de la *haute fion* social, favorecieron el brillo de la feria. Buenos Aires elegante fué á ver y aplaudir la obra de Buenos Aires progresista. Y la elegancia misma tomaba en la exhibición un papel activo, haciendo equitar con sus más brillantes y aristocráticos jinetes los magníficos ejemplares de las cabañas expositoras, que eran todas las que se distinguen en la provincia. Las damas, ataviadas con vistosas *toilettes* de tonos claros, daban á la exposición su encantador prestigio. Los brillantes equipajes guiados por nerviosas y diestras manos de *gentlemen*, desfilaban por el animado *stand*, al tranco garboso ó al avasallante trote de las yuntas, lustrosas, como de seda.

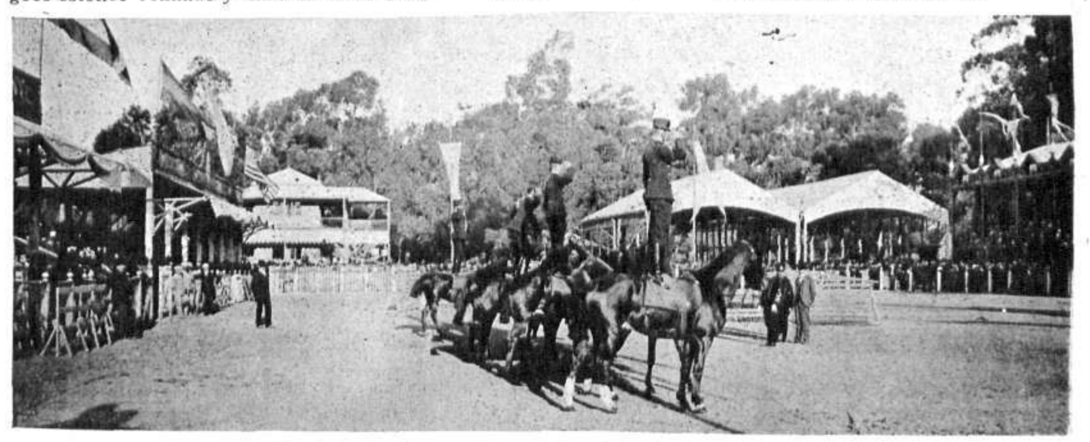
La selecta industria del refinamiento caballar, de una trascendencia muy superior á lo que sospechan muchos de los propios criadores, que la cultivan principalmente por el goce estético refinado y caro de tener caballos de sus cabañas, de formar tipos, de ver crecer á los retozones *yearlings* de bellezas esbeltas y gráciles y de bríos precoces, donde la sangre noble hierve y se revela, — esta industria propia de hombres de gusto, y de mundo, y de dinero, tuvo en la feria reciente una nueva y triunfal consagración.



El barón de Peers

Los nombres que á este triunfo se vincularon son nombres que en la alta sociedad bonaerense tienen carta de ciudadanía ó solar propio: los Ayerza, los Gainza, los Napp, los Láinez, los Pereyra, los Elía, los Urquiza, los Herrera, los Martínez de Hoz, los Acosta, los Güiraldes, los Shennan, los Castex, los Peers, los Lamarca, los Senillosa, los Ramos Mexía. Todos ellos tuvieron plausible parte en la liza y el triunfo fué para todos, siendo á la vez para el país, que tiene en esa hermosa y noble industria una fuente de riqueza y de notoriedad productora incalculables.

Los remates marcaron con la elevación de los precios y las gallardas disputas de los opulentos compradores, el interés entusiasta que despertó la feria en nuestro gran mundo y la saliente valía de los productos presentados.



Ejercicios ecuestres por los soldados de la Escolta Presidencial

SINFONÍA

¿Que el teléfono es maravilloso? ¡Qué duda cabe!

¿Que con el teléfono desaparecen las distancias para las comunicaciones orales? ¡Quién se atreve á negarlo!

¿Que en Buenos Aires está muy extendido el uso del teléfono y que esto se debe á la importancia de las dos compañías que lo explotan? ¡Todos lo sabemos!

¿Que las señoritas empleadas en las oficinas telefónicas son acreedoras á nuestro respeto, estimación y gratitud por su diligencia, por su celo, por su amabilidad, por su contracción, y hasta por el aguante de su tímpano? ¡Estamos conformes!

Pero...

—Trr... trrrr... trrrrrr...

—¿Número?

—¡Veintitrés, dieciséis!

(Dos ó tres minutos de espera.)

—Trrrrr... ¡Señor! Está comunicando con otro.

—Pues cuando termine, hága el favor de avisarme, señorita.

—Está bien.

(Cinco minutos de silencio, tras los cuales llamamos nuevamente.)

—¿Número?

—Ya se lo dije, señorita: veintitrés dieciséis. ¿No se ha desocupado?

—Voy á ver...

(Otro par de minutos de intervalo.)

—Trrrr... tac, tac.... trrrr... tac, tac... ¡Señor! Le van á hablar.

—¡Hola!

—Trrrrr... tac, tac, trrrrr... tac, tac.

—¡¡Hola!!

—Trrrr.... tac, tac, trrrr....

—¡¡¡Hola!!!

—¿Qué deseaba?

—¿Está don José?

—No, señor. Salió hace como una hora.

—¿Y no sabe si tardará?

—Es fácil, porque se fué á Quilmes. Le llamaron con mucha urgencia para visitar á un perro.

—¿A quién?

—A un perro que se ha enfermado del moquillo.

—Es raro.

—No lo crea usted; ahora hay muchos perros atacados de ese mal.

—¿Pero qué entiende Alvarez de curar perros?

—¿Qué Alvarez?

—*Fray Mocho*. ¿No estoy hablando con la dirección de Caras y Caretas?

—No, señor. Habla usted con la casa de don José Corvejón, médico veterinario.

....

—Trrr.... Trrrrrr.... Trrrrrrr....

—Señor.

—No me dió usted el número que le pedí, señorita. Es el veintitrés dieciséis

—¿Veintitrés dieciséis?

—Sí, señorita.

Después de cuatro ó cinco minutos:

—Trrrr.... trrrr.... tac, tac....

—¡Hola!

—Rrrrr.... tac tac.... rrrrr....

—¡¡Hola!!

—¡Hola!

—¿Hablo con la dirección de Caras y Caretas?

—¡Hola!

—¿Es la dirección de Caras y Caretas?

—¡Hola! ¿Quién llama?

—¿Está el señor Alvarez?

—¡Hola!.... Rrrrr.... tac tac rrrrr.... ¡Hola!

—¡Hola! ¿Está el Director?

—No se oye una palabra. Hable más fuerte.

—¡¡Que si está el director!! (Desgañitándonos).

—Está ¿Quiere que lo llame?

—Sí, hagame el bien.

Ruido de olla hirviendo, durante algunos instantes, y un silencio muy prolongado á continuación.

Volvemos á llamar:

—¿Número?

—Señorita, no me había comunicado todavía. Tenga la bondad de ponerme otra vez con el veintitres dieciseis.

—Está bien.

Pausa nada corta, y otro redoble de campanilla:

—¡Hola!

—*La misma voz que antes:* ¡Hola!

—¿Llamó al señor Alvarez?

—Sí señor; se puso al aparato, pero no le contestó nadie.

—Es que cortaron la comunicación.

—¡Ah! Pues voy á llamarle otra vez; no deje el tubo.

La voz de Alvarez:—¡Hola!

Nosotros: — El retrato que buscaba Vd. se publicó en el número quince.

Una voz extraña: — ¡Central!

Alvarez:—¿Qué número?

La voz extraña: — 2311; almacen de la Buena Medida.

Nosotros (contestando á Alvarez): —Número quince.

La voz extraña:—No señor, el 2311.

Otra voz:—No deje de enviar el carro á la curtiembre.

Alvarez:—¿Está Vd. loco?

La telefonista:—Señor, ¿habló Vd.?

Nosotros;—Sí, señorita, con casi todos los abonados.

—Debe estar cruzada la línea.

....

Total, que llevamos más de una hora bregando con el tubo y la manivela, y una vez porque equivocaron el número, otra porque cortaron prematuramente la comunicación y otra porque se enredaron los alambres, este es el momento en que aun hemos podido hablar con quien deseábamos.

Y lo propio nos acontece la mayor parte de los días. Hay para desesperarse y hasta para renegar de la ciencia y de los progresos acústicos.

No se nos ha ocurrido interrogar al doctor Cabred sobre este punto, pero hemos de hacerlo, porque es nuestra creencia que un ochenta por ciento de los locos que se asilan en Las Mercedes han sido abonados al teléfono.

De nosotros podemos decir, que estamos ya tan obsesionados con el teléfono que no podemos oír ningún timbre, sea de puerta de calle, de reloj ó de bicicleta, sin exclamar en seguida: ¡Hola! ¡Hola!

Entre las instrucciones estampadas en las *Guías* telefónicas, hay una que dice: «Cuelgue Vd. el tubo después de usar el aparato».

Pero sería más humano que se nos dijera: «Cuélguese Vd. de una viga después de usar el teléfono».

Porque así el abonado se despenaría para siempre.

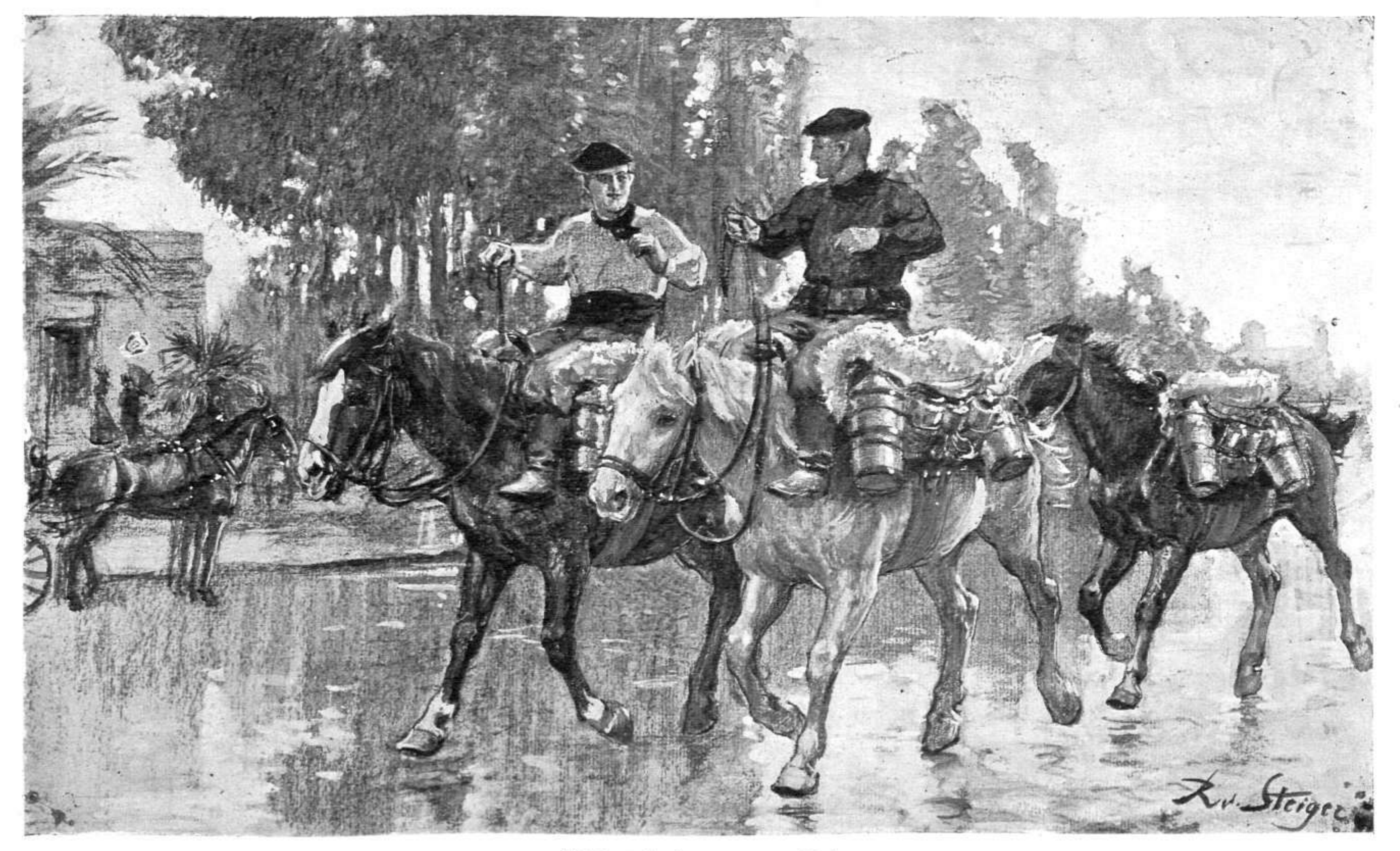
Eustaquio PELLICER.

Las Walkirias

El cuadro cuya reproducción ofrecemos se halla en el Museo de Berlín y pertenece á la colección de los Nibelungos.

Representa el rapto de Sieglinda en la escena que se llama de «Los Fuegos Fatuos» que es una de las culminantes del drama y forma, el fondo del relato de Siegmundo en el primer acto.

Dibujo de Villalobos.

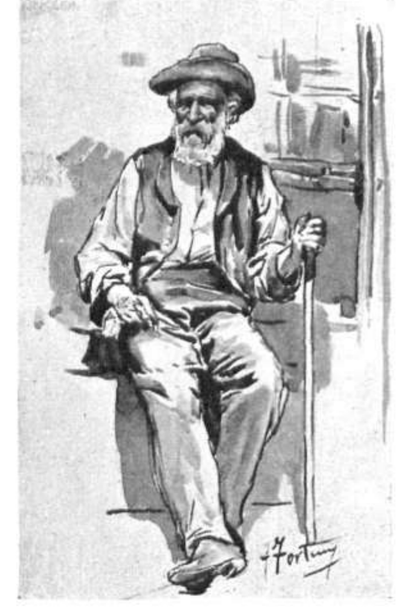


Vascos lecheros, por Steiger

LA QUERENCIA

A Francisco Antonio Maciel.

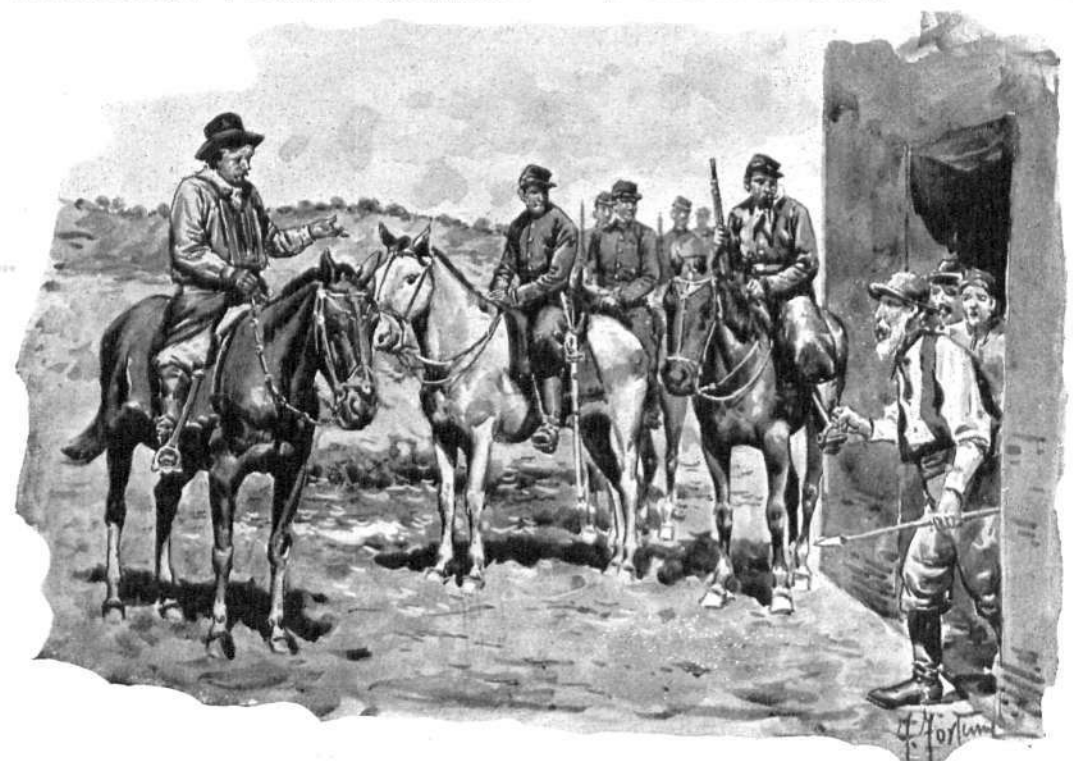
De cómo le armaron aquel litigio infame, ni él mismo pudo darse cuenta clara, al cabo de tres años de rodar el expediente por los juzgados de la capital, en manos de abogados, procuradores, escribanos, alguaciles, y de toda la antipática familia grafómana de pleitistas patentados. — El caso fué que un buen día, don Calixto Martínez, dueño de la «Estancia de los Molles» recibió una notificación, acompañada de un escrito, en el que se hablaba de «reivindicación de propiedad» y se alegaban derechos sobre aquel pedazo de tierra, que él había heredado de sus mayores, — y que éllos, á su vez, recibieron de sus abuelos.



Escrituras, en verdad no las tenía, ni tampoco las necesitaba. ¿Para qué? — Sus padres allí nacieron y sus despojos reposaban en el pobre cementerio de la cuchilla — y él, único hijo, se crió en el mismo rancho, cuidando los animales, que con el campo, constituían el legado paterno. — ¿No era bastante todo esto? — ¿Qué mejor escritura de propiedad que la que él presentaba? — Todos los vecinos de los alrededores sabían que allí había envejecido formando su familia, de la que, más que jefe, era patriarca, por su edad y por el respeto y el cariño que había sabido inspirarla. — ¿Sería posible, pues, que al llegar al último linde de la vida, cuando pensaba morir tranquilo, dejando á sus hijos y á sus nietos aquella posesión, que era su orgullo, — la justicia humana pudiera despojarlo, arrojándolo de su propio hogar, como si fuera un intruso, un ladrón, un miserable usurpador de bienes ajenos? — No, no se atreverían. ¿Qué tenía que ver él con los fallos condenatorios? Sobre las resoluciones judiciales estaba su conciencia, — y élla le decía que el rancho era suyo, — y el campo, tan suyo igualmente, como su corazón, como su cuerpo encorvado por los años.

El no hubiera pleiteado, pero su hijo mayor, inducido por un abogado del pueblo, obtuvo su consentimiento para la defensa. Se inició el juicio, y con las primeras providencias, empezaron sus angustias. Todo se volvía en contra suya. La cuestión fué tomando cuerpo y formalizándose, á medida que sus fuerzas flaqueaban. Había sido fuerte, — un hombre de campo, ágil y decidido, sano de cuerpo y de alma; — pero su vigor desaparecía, quedándole, como un resto de energía inquebrantable, su mirada, firme y rápida, rayo final de su carácter de acero. Su rostro, sin embargo, acusaba un temperamento apacible. Y era bueno, en realidad. — Su compañera, también vigorosa en otro tiempo, ahora enferma, reumática, casi paralítica, apenas podía sentarse en la cama, más decrépita que él, por los achaques. Sus seis hijos varones se habían casado y vivían bajo el mismo techo, y sus netezuelos alegraban con sus risas la vida de los dos octogenarios, haciendo más soportable aquella inmensa desgracia que les había caído como expiación de delitos que nunca cometieron.

El campo era efectivamente hermoso: un campo flor, de abundosos gramillales, regado por dos arroyos y cruzado por una cuchilla, cuyos pedregales enormes brillaban al sol de mediodía como si tuvieran incrustaciones de diamantes. Don Calixto, desde la puerta de su rancho, contemplaba todas las mañanas el panorama soberbio de su terruño, surgiendo como una tela esmeraldina, de entre la sombra, á los primeros resplandores del alba. El monte verde-obscuro, orillando el arroyo, abriéndose en los pasos, donde el agua clara se adormecía en el silencio de los remansos, — el *bajo*, lleno de chircales afelpados; — el bañado, humedeciendo las faldas; — los matorrales, bordeando las barrancas, alisadas por las lluvias que labraban la tierra gredosa de los declives, dejando huellas en forma de ramazones; — más lejos, las estancias de los campos limítrofes, blanqueando entre los sauces y los ombúes que las daban abrigo; — los ranchos de los puesteros, alzados en las lomas, arrojando por entre las quinchas



el humo de los fogones recién encendidos; en todas partes las haciendas, hundiendo la cabeza en los tiernos pastizales mojados por el rocío, — y las ovejas, siempre reunidas y quejumbrosas, alejándose de las mangueras en dirección á las aguadas. — Y así pasaba su existencia, sin tropiezos, mientras sus hijos, — mozos hechos á los trabajos camperos, labraban la chacra, galopaban por la amplia extensión de sus dominios, arreando las tropas para llevarlas al rodeo, ó sacando del monte á los toros alzados, á fuerza de lazo y de rebenque.—Para sus ambiciones, todo esto era suficiente. —Nada más deseaba.—Ni siquiera le emocionaba ya su larga lanza de caudillo, clavada en la cumbrera del rancho, y que en sus mocedades empuñara con arrojo y valentía.

Pero lo que más amaba de su campo, eran las «islas» aquellas islas que, como esquifes de verdura, se veían desde la cumbre de un cerro, balanceando las copas frondosas y mojando los ramajes en la espuma.—Cuando el sol de la siesta sacaba al lagarto de su cueva y la víbora de coral dormía enroscada cerca del hormiguero,—don Calixto, acostado en el pasto, á la sombra que proyectaban los canelones y los molles,—tiraba su *aparejo* en la parte más honda del arroyo, en aquel pesquero que tanto conocía, y en donde abundaban la lisa bogona, el zurubí de carne amarilla y el dorado de escamas relucientes. En tanto su pesca aumentaba, los cardenales azules cantaban invisibles en el follaje la melancólica romanza de los bosques,—el martín pescador, de plumaje tornasolado, volaba con rapidez á lo largo de la corriente, en busca de su alimento acuático,—los pinos-limones desparramaban en torno suyo las cuentas rojas de sus frutas maduras, y las campánulas moradas, adornaban los troncos, sobre la malla de las yedras siempre verdes.

Todavía don Calixto se consideraba dichoso, cuando contemplaba la hermosura de sus islas, á pesar de aquel pleito que le iba ennegreciendo los días. No obstante, sus ilusiones recibieron un golpe rudo. — La intimación de desalojo, dentro del término legal, lo anonadó completamente. Sus hijos, dispuestos á someterse, le rogaron que abandonara el campo.— Laurencio, el mayor, un paisano inteligente, comprendía la situación en que se encontraban. Permanecer allí, obstinándose, era aumentar sus dolores, sin resultado.

—Vámonos, tata, decía al anciano. ¿Qué hacemos aquí? Esto ya no es de nosotros. Nos echarán á la juerza, si resistimos.

El viejo se erguía como en los antiguos tiempos y gritaba, sacudiendo su melena blanca:

—De mi rancho naide me saca. Esto es mío, y ustedes serán unos cobardes si abandonan á su padre, entregando á esos sarnosos el terrón en que nacieron.

La paralítica, sentada en la cama, lloraba en silencio. Los hijos, impresionados por la resolución del anciano, no podían ocultar su desesperación. No había medio, pues, de reducirlo.—Cuando él decía que no, era inútil convencerlo; bien lo sabían.

El pobre viejo, acostumbrado á mandar y á ser obedecido, después de estas escenas que se repetían á menudo,—hacía ensillar su ruano, montaba en él y se marchaba *al trotecito* para las islas. El caballo, su compañero de diez y ocho años, ya conocía el camino y sin que el jinete lo guiara, suelto el rendaje, tomaba la senda del pesquero.

Entre tanto, pasaban los meses, y se acercaba la fecha en que debía abandonar el campo. Fué un día á la hora del almuerzo. Toda la familia rodeaba la mesa. Don Calixto, más agobiado y triste que nunca, como si presintiera algún infortunio, apoyaba la cabeza entre las manos. Las mujeres hablaban en voz baja, para no incomodar al *tata viejo*, mientras la paralítica, casi inconsciente, dormitaba sin probar los alimentos. De repente, se sintió tropel de caballos y á los pocos momentos, palmadas y gritos.

—¡Ave María! dijo uno de los jinetes, próximo á la puerta.

Todos se sorprendieron. Laurencio se levantó y fué á ver quién llamaba. Era la policía. Un hombre, vestido de gaucho, taloneó su caballo, y se adelantó hablando fuerte, pero los ladridos de los perros, enfurecidos, no dejaban oir nada. Hubo que espantarlos á rebencazos.—Cuando el silencio se restableció, pudo comprenderse todo. El hombre vestido de paisano, era el juez de paz, que venía á ejecutar el desalojo en cumplimiento de la ley, y la fuerza armada traía orden de auxiliarlo y de proceder sin miramientos.

Laurencio volvió á entrar en el rancho y dijo al sentarse, vencido por el desaliento:

—Tata, vienen á echarnos.

Las pobres mujeres lloraban y hasta los hombres expresaban la profunda emoción que sentían.

Don Calixto no pudo contenerse, y se levantó violentamente. Desprendió la lanza que estaba clavada en la paja mansa del techo y salió al corral.

—Sépanse, señores, dijo, que yo no salgo de aquí, porque este campo es mío y naide puede echarme. Tengo entuavía juerza bastante pa peliar con cualquiera. Mi padre me dió esta choza, y la justicia no es mi padre pa quitármela.

El juez trató de convencerlo.

—Mire, amigo,—le respondió,—usté hace mal en resistirse.—Esto no tiene güelta. Oígame á mí que soy su amigo. Si no quiere, lo sacarán por mal y será pior; créame, don Calixto.

Pero el viejo, en un postrer esfuerzo, los atropelló, revoleando el arma herrumbrienta, entre el griterío de las mujeres espantadas.—Varios soldados se apearon rápidamente, maneando los caballos.—Rodearon en seguida al agresor, que temblaba sin poder sostenerse ya y lo desarmaron fácilmente.—Entonces, nada hubo que hacer. Se trajeron los bueyes que estaban en el maizal, y los uncieron á la carreta. Manuel, el hijo menor, cargó á su madre y la colocó dentro del vehículo, sobre un colchón de paja, donde quedó inmóvil como una muerta. — Luego salieron los demás, unos en la carreta, otros á pie ó á caballo, y los perros, con las colas entre las patas, rezongando y recelosos, detrás del convoy. — Antes de oscurecer todo había terminado. Don Calixto, montado en su ruano, completamente abatido, salió el último, al paso de su caballo, escoltado por los soldados impasibles.

*

Don Calixto y su familia encontraron hospedaje en la estancia de un pariente. El anciano no hallaba consuelo, y eran inútiles los esfuerzos que los suyos hacían para distraerlo. No se le vió reir más. Vivía entregado á su meditación constante, y una profunda melancolía avasallaba su espíritu. La estancia en que fueron recogidos distaba doce leguas de la otra y desde una altura se divisaba el monte y la cuchilla de los enormes pedregales. A ella dirigía don Calixto sus miradas, y á ella volaban su corazón y su pensamiento.

Al mes de residir en la estancia nueva don Calixto desapareció en su ruano. Se le buscó por todas partes, infructuosamente. Laurencio, que conocía el mal incurable de su padre, montó en su caballo y tomó el camino de la «Estancia de los Molles», todavía abandonada. Se apeó en las casas. Llamó, buscó. El rancho estaba vacío. Se dirigió á las islas y allí le encontró, tendido sobre los mismos gramillales, que eran la alfombra mullida del pesquero.—El pobre viejo, sintiéndose morir de nostalgia, fué á exhalar el último suspiro, en aquel rincón oculto, casi perdido entre el follaje y la maleza, en donde aún había huellas de su felicidad interrumpida.—El fiel parejero, ensillado permanecía junto á su amo, y al sentir el trote del otro caballo, empezó á relinchar, gozoso de encontrarse en la querencia.

SANTIAGO MACIEL.

Dibujos de Fortuny.

BUENOS AIRES OTOÑAL, POR GIMÉNEZ



Amanece un día espléndido,



que convida á dar un paseo por las afueras.



Pero á las dos ó tres horas se nubla el cielo y descarga un gran chaparrón.



Al mediodia el calor es insoportable.



En cambio, por la tarde aprieta el frío de un modo bárbaro.



Y por la noche ¡es claro! tiene que ganar la cam1, atacado de pulmonía fulminante.

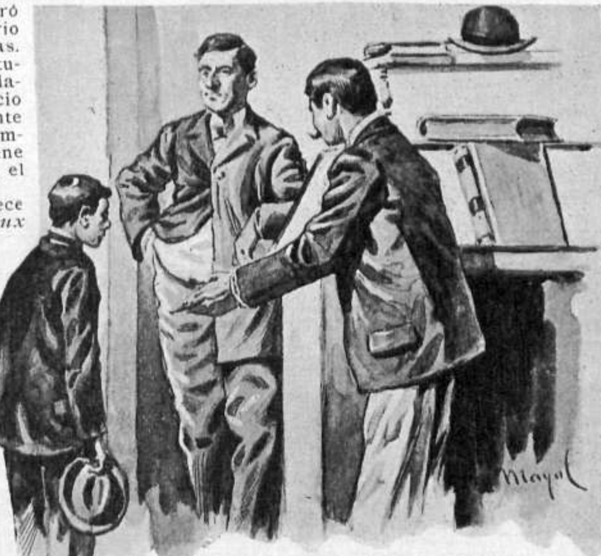
MONSIEUR FLÉMOND

Es bordelés. Nació entre racimos, en los oliviferos campos de la Gironde. Fueron sus padres *anfibios* de mercaderes y agricultores. Ejercieron el comercio de cabotaje en aquel río enchocolatado por los arrastres de greda, y á la vez podaron su viña, herencia secular de sus más remotos abuelos. En la familia de los Flémond se unió el espíritu del mercader con el del labrador, la codicia de aquél y la fuerza de éste, el cálculo y el puño, el azadón y el remo, la podadera y la pluma, verdadero fenómeno de comunión de esfuerzos que sólo se observa en el cultérrimo pueblo francés.

A Charles Flémond metiéronle sus padres en los escritorios de Burdeos, para que aprendiera cómo las cabezas explotan á los brazos, cómo el espíritu acumulativo, germen de todo progreso, se desenvuelve más poderoso en el hombre de números que en el hombre de labor manual.

En Burdeos, alambique obligado del mosto de las dos Hesperias, del italo-español, aprendió Flémond á llevar libros y á catar caldos, estudiando al mismo tiempo las finanzas y las costillas de que se compone un barril. Casó componentes, unificó el zumo de distintas regiones vinícolas, analizó yerbas y colorantes, haciéndose un doctor en química de bodega. Así fué desarollándose en su espíritu el genio de su pueblo, la fantasía licuosa de los *chateaux*, un género de *poesía espumante* que tiene exaltados á todos los cerebros bordeleses.

Su genio creador de alegres líquidos no encontró en el trabajado suelo patrio el apoyo de los capitalistas. Allí el capital no es aventurero, necesita las seguridades del éxito, y el negocio de los *chateaux* es bastante vidrioso, como todas las empresas en que interviene más la imaginación que el trabajo efectivo.



En cierto modo se parece el negocio de los *chateaux* al de las revistas literarias; en éstas hay que acertar con el título, con las dimensiones, con el grabado y con los colorines, lo mismo que en aquéllos es necesario dar con un nombre provocador al paladar, con una botella incitante, de raro atractivo, y con una etiqueta llena de ringorrangos litográficos. En las revistas, lo de menos es el texto, lo mismo que el líquido en los *chateaux*. En las primeras hay que poner pocas ideas, poca filosofía indigesta, y sí muchas bromas que disfracen la seriedad de la vida y... el hambre de los redactores. En los segundos, poco vino vigoroso y muchas yerbas aromatizadas, ilusoria triaca del alcohol.

⁂

No logró Charles Flémond ser profeta entre las neblinas de zumo de su tierra, y pensando en otra, aún más fantástica que la francesa, se acordó de América, de *estos países jóvenes*, como si dijéramos en el período de la dentición. En aquel puerto, principal punto de partida de la pauperista peregrinación europea que viene á la Meca pampera, se embarcó Flémond con rumbo á Buenos Aires «en un velero bergantín», por el año 60, entre una legión de proletarios, fecundadores del suelo americano, de recias cabezas pobladas de robustos ensueños, caras tostadas por los soles de los campos europeos y brazos endurecidos en la aridez de las heredades agotadas, donde las sementeras germinan enanas, porque ni Favonio ni Subsolano tienen ya fuerza seminal para procrear en las viejas entrañas de una tierra muerta de cansancio.

Llegó Flémond á Buenos Aires sin un *sous*, pobre como las ánimas benditas. No molestó á nadie con tarjetas y recomendaciones, como el *inmigrante bachiller*. Obrero de brazos y obrero de cabeza, hombre de doble maña, no perdió el tiempo en el difícil hallazgo del pupitre sedentario. Trabajó como obrero manual en una licorería, con esa independencia relativa que no goza el tenedor de libros, sometido á los desplantes patronales y obligado á ser el balancín de la intriga entre los consocios.

Con los primeros ahorros se instaló en una habitación más espaciosa, donde cupieran, además del catre del obrero, los enseres del manipulador; un barril, una tina de agua, un decalitro, tila, anilina, coriandro, flores de sauco y un cajón de pasas de Corinto, para extraer de entre sus arrugas el dormido alcohol que comunicara su espíritu á los demás componentes. Con el producto de las primeras botellas, vendidas en el barrio, fué adquiriendo nuevos elementos de producción, algas, orchilla, maqui, *vos tremier* y otros frutos de nuestra opulenta flora en sus aplicaciones á la industria licorera.

El *guindao Flémond* hizo época. La mulatada del año 60 paladeó con fruición inefable tan exquisito licor, y de aquellos tiempos data la ruina de las negras que hoy vemos pidiendo limosna por las calles de Buenos Aires.

Pero el ideal de Mr. Flémond fué siempre acertar con un insuperable tipo de *château*. Era para él como una cuestión de amor propio, algo como el puntillo de honor bordelés. Acostado por la noche, miraba todos los chismes de su laboratorio esparcidos al pie del catre, ideando nuevas fórmulas, nuevos casorios entre el coriandro y la tila, el regaliz y las flores de sauco. Su sueño era de ensueños licuosos, gestación creadora, arrancándole el demonio de la inspiración trasudores en la raíz del pelo.

Compuso diversas clases de *chateaux*, dándoles nombres muy insinuantes, aunque los más apropiados á la índole del líquido fueran los de *Chateau Robinet* y *Château la Pompe*.

Por aquella época contrajo matrimonio con una gascona, hábil cocinera, de sana belleza, entre cuyas robustas caderas cabía una generación de *Cyranos*.

En lo que atañe al matrimonio, Mr. Flémond estaba de acuerdo con *Pío Cid*, el protagonista de la admirable novela de Ganivet, quien opinaba que la felicidad conyugal de los hombres fuertes de pecho y de alma, está en formar su tálamo con mujeres proletarias.

A sus conocimientos culinarios agregó la gascona los de embotellar y lacrar *chateaux*. Aquel matrimonio, además de una intensa comunión espiritual, fué una asociación de fuerzas para luchar por vivir bien, por vivir á la francesa, que es todo lo mejor que se puede vivir. Ella cuidaba admirablemente á su bordelés, inventando platos suculentos que fortalecían en Mr. Flémond los afectos de su espíritu con aquellos otros, no menos vigorosos, que arrancan del calor del estómago, base en que se asientan todas las torres del alma y toda la chapitelería del pensamiento. Mientras ella le cuidaba amorosamente, cautivándole con su afecto y con exquisitas coqueterías culinarias, seguía él, terne que terne, inventando *chateaux*, y entre los dos, en paz dulce, en paz que arrancaba de una profunda satisfacción de convivencia, consumían en expansiva sobremesa los *chateaux* no acreditados, que siempre eran los mejores.

La revolución del 74 dió á Mr. Flémond la base de la inmensa fortuna que hoy posee. El vino que entonces inventó no era ni mejor ni peor que los otros. Su acierto estuvo en la etiqueta, en la cual hizo estampar un gracioso diseño de la nariz de Alsina, poniendo debajo: «*Chateau la Verde*». El éxito fué colosal. Los vencedores en aquella trifulca desdeñaban el *champagne* de *madame Clicquot*, por el *chateau* de Mr. Flémond. Al poco tiempo montó una gran licorería, se hizo importador, estableció una casa en Burdeos y otra en Marsella. Hoy es millonario en francos, sin poseer una teja en este país.

⁂

Porque ni el bordelés ni la gascona han podido nunca fundir sus espíritus en el espíritu americano. Hijos de un pueblo supercivilizado, las toscas sinuosidades de esta sociedad les han hecho recogerse en sí, llevando intacto consigo el culto á su patria, traducido en amor irreductible. Su patriotismo no es el furor patriótico español, ni el algazaroso de los italianos, á tambor y cornetín. Estos dos elementos se confunden mejor con el espíritu americano, por analogías en la gradación de su progreso espiritual, teniendo, por lo tanto, más arraigo en el orden económico.

Mr. Flémond profesa á *estos países jóvenes* un desdén casi olímpico, creyendo que nuestro gorro frigio puede ser la escudilla para llevar el grano al pico de su gallo francés. Sus dos hijos, únicos que tuvo, pues reglamentó la fecundidad de la gascona, están en Francia desde niños, habiendo hecho allí el servicio de las armas; son franceses. Mr. Flémond, que los quiere con toda su alma, ha temido quedarse sin ellos en algún atrio electoral si permanecían en su tierra, pues cree que la política sólo sirve aquí como piedra de desgaste á la superabundancia de nuestras energías anímicas.

La gascona hace muchos años que está en París con sus hijos. Estos, ya mozos, vinieron una vez con su padre á visitar Buenos Aires, y nostálgicos de Francia á los dos días, volviéronse en seguida, demostrando que el patriotismo es un sentimiento puramente animal, que más radica en la costumbre de residencia que en amor al punto de nacimiento. Es una pasión adquirida, no innata. El generador del patriotismo es más bien el idioma que la tierra. La tierra por sí sola no inspira nada, ni pone en comunicación á los hombres, que es lo que forma el espíritu colectivo y la geografía política de los pueblos.

Cada dos años va y viene Mr. Flémond. De buena gana se quedaría por allá *per sécula seculórum;* pero la codicia le devuelve á América, á girar una visita á su antigua licorería, yunque de tantos años de fatigas persistentes. Bajo este anhelo, en visión perenne, flota en su espíritu el recuerdo de aquel cuarto humilde y de aquel catre en que madurara sus creaciones en noches alargadas por el insomnio. Siempre visita aquella habitación, llevado de ese extraño cariño que guarda el hombre á los lugares en que ha luchado con la penuria.

Los comandantes de los buques en que va y viene Mr. Flémond, trátanle con especiales atenciones por su influencia en la colonia francesa y por ser capaz de inclinar la carga en favor de la empresa naviera que mejor le trate.

A pesar de esto, de lo muy conocido que es en el comercio de esta plaza y de lo mucho que todos le queremos, la visita de este año será la última con que nos honrará Mr. Flémond, quien no habrá dejado otro signo de su paso por América más que los tintes de anilina con que sus *chateaux* habrán barnizado los estómagos contemporáneos.

FRANCISCO GRANDMONTAGNE.

Dibujos de Mayol.



ALGUNOS EMBUTIDOS — DE NOMBRES Y APELLIDOS

No nos ponemos de acuerdo
jamás, con Eduardo Brito,
cuando, al hablar de los árboles,
su estética discutimos;
pues, pese á los argumentos,
quedamos siempre lo mismo:
yo, amante de la palmera,
y *Eduardo Brito, del pino.*

Un tabacal inmenso plantó Belgrano,
pariente—según dicen—del general,
y á todos preguntaba con insistencia:
«¿Qué nombre le ponemos al tabacal?
Idéntica pregunta le hizo á sus hijos
Carlitos y Maruja, y al punto halló,
cuando le dijo *Carlos:*—«*Vega Belgrano*»,
el nombre que al plantío más tarde dió.

¡Santa Catalina!....
¡cómo son de brutos
Fulanito Sáenz
y su primo Julio!
Empezaron nenes
el bachillerato,
y aún lo continúan....
desde hace diez años.
Nunca entienden nada
de lo que han leído,
y por eso dicen
todos sus amigos:
—«¡Santo Dios, qué duras
son estas cabezas!
la de *Julio, roca*
la de *Sáenz, peña.*

Hilarión, mozo rubio como el oro
con una linda inglesa está casado,
y la otra noche.... ¡horror! dió á luz su esposa
un nene que parece.... *embetunado!*
La suegra, sorprendida, comentaba:
—«Esto sí que está bueno:
¿cómo es posible, Dios de las alturas,
que salga un hijo de *Hilarión, moreno?*»

FRAY V. DE LORZA.

Montevideo, Abril 1899.

Dibujos de Eusevi.



gracia con desgracia

(ESTILOS CRIOLLOS)

El local de la Comisaría de Vizcachuelas yacía á prima noche en soñolienta quietud, como si en su confuso y apretado recinto no palpitase el interés de una emergencia emocionante.

De todos los sentidos aplicados á la empresa descubridora de cuanto allí pasaba, apenas podían salir victoriosos el oído y el olfato.

Como ruidos, el pendoleo febriciente y rutinario con que la pluma del *meritorio* rasgaba de consuno el silencio y el papel, dando aspecto gráfico, de sumario maquinal, á las iras de la sociedad ofendida por transgresiones punibles.

Como aromas, el tufo insoportable de una lámpara de kerosene, cuya mecha se dejaba quemar poco menos que á gatas, y el hedor injurioso de unos cueros medio frescos, trofeo policial arrancado á un cuatrero poco baqueano en las destrezas del oficio.

Lindos perfumes, de liga endiablada, que fraguaban una atmósfera nauseosa y repelente, en la que se mezclaban emanaciones de industria rudimentaria y hálitos de delito fracasado.

Pero, lo que se dice ver, no se veía ni un zorro, desde que la mortecina luz no proyectaba su indigente claridad sino sobre las mechas del mate, las cerdas de las cejas y el vello del bigote del empleado, que se inclinaba afanoso y trabajador sobre el papel invadido por su labor persecutoria.

Cuando sobrevino el médico de la repartición, solicitado por el deber y empujado por la curiosidad, el *meritorio* activó la combustión de la lámpara, pegándole á la mecha, como para facilitar la pesquisa de aquel buscador de desperfectos orgánicos: recién entonces el suplemento de luz puso en claro á dos personajes esfumados antes en los términos más sombríos de la pieza.

Los dos aparecidos, inmóviles y silenciosos, tenían ocultas sus respectivas fisonomías, aunque con muy diferentes tapujos. Al uno le servía de antifaz el ala protectora de su chambergo, bruscamente requintado sobre la ñata; la cara del otro desaparecía en el laberinto de un lío de trapos, que lo mismo parecían vendaje improvisado en el apuro de una catástrofe, que circunvoluciones mal pergeñadas de un turbante fantástico y chambón.

Impuesto el galeno de las necesidades que reclamaban allí sus perentorios servicios, enderezó contra el último de aquellos candidatos y después de acomodarle en actitud sedentaria sobre el fondo de un tacho volcado que halló á sus alcances, comenzó á destapar las carnes dislaceradas, cuyas piltrafas sanguinolentas iban surgiendo á la luz, conforme menguaba la mole de trapo circundante.

No era cosa de soplar é inflar botellas, el descubrimiento emprendido con gran pulso y paciencia por el cirujano: el herido tenía la cabeza atada con diversidad de guiñapos, procedentes de pañuelos, girones de camisas y otras diputaciones de la manufactura textil, todas ellas ultrajadas por la intemperie de un uso extralimitado; y su aspecto nada pulcro se complicaba aun más con el aditamento de chafarrinones suplementarios, imputables los unos á la cura, como ser, el hollín suministrado con intención hemostática por el *dotor* de ocasión que primero se arrimó á corregir el accidente; debidos los otros á la índole traumática de las averías, como ser, la sangre que se había desbordado en pródiga hemorragia, embadurnando copiosamente las envolturas de tan pringoso apósito.

Cuando los dedos de la ciencia desvistieron por completo aquella *facies* surcada en caprichosas trayectorias por la huella del acero agresor, pudo llegarse al resultado de que las lesiones abultaban más por su número que por su gravedad intrínseca y que la efusión sanguínea había exagerado, como de costumbre, las verdaderas proporciones de aquella aparente carnicería.

Ya las venas no pagaban al escándalo dramático un tributo tan fuerte como en los primeros momentos, y el rutilante jugo de la vida se escapaba de á pocos, resbalando por las mejillas en menudas gotas, semejando rubíes líquidos y temblorosos, donde la luz de la lámpara quebraba sus rayos con reflejos de un rielar extraño, hasta que el encanto de aquella joyería se disipaba entre la barba, escarchada la sangre sobre el cerdoso tegumento.

Y se llegó á saber más, una vez que al conjuro de los lavajes desinfectantes se despejó la piel de cuanto estorbo la había disfrazado hasta entonces: se llegó á saber que el portador de tan flamantes chir-

los era el mismísimo *Vasco-Negro,* de popularidad tan difundida como la del mate amargo.

Después de tan feliz descubrimiento, el médico se hubiera aventurado, sin más trámite, á cerrar la investigación, dando por cosa segura que los hachazos eran el corolario obligado de alguna zafaduría del *Vasco-Negro,* el criollo más chacotón de Vizcachuelas y sus pagos; especie de Quevedo con chiripá y sin lentes, gran cultivador del epigrama agresivo; carrero chichón, muy juntador de trompadas y rebencazos, cuya obscura piel registraba cicatrices en cantidad, recordatorias de otras ocurrencias hirientes.... y desgraciadas.

*

Las constancias del sumario andaban muy lejos de dar un desmentido á las conjeturas del doctor.

Según las mentas, aquella tarde había habido farra corrida en la esquina de *El Carancho:* el pulpero solemnizaba una nueva edición de su paternidad, y con tan fausto motivo la ginebra de algunos porrones se había ido como lista de poncho.

No faltaban mujeres en la simpática fiesta, y aprovechando de su presencia se armó un bailecito lo más bien, gracias al concurso de un guitarrero resignado al sacrificio.

Naturalmente, nuestro héroe estaba allí, con su gorra de vasco que le había valido el sobrenombre; con su pito de yeso, recortado á puras mordidas hasta reducirlo al tamaño de postre de fonda; y sobre todo, con su musa guaranga y chistosa, pronta á desbordarse en invectivas, coreadas por la hilaridad de la mosquetería que se acuclillaba en torno á la cancha del baile.

La chuscada no podía hacerse esperar mucho: y fué de modo que cuando se estaba danzando un *marote*, en la rápida evolución de un giro, algo que parecía proyectil partió del suelo y describiendo en el aire una parábola absurda volvió á caer, en forma de chancleta femenina.

Una mujer medio descalza quedaba fuera de combate; pero antes de que lo advirtiesen muchos del concurso, ya el *Vasco-Negro,* dando en tierra una palmada en guisa de consigna, había dicho, á todo lo que le daba la voz:

—¡Pare la trilla, muchachos, que una yegua se ha rengáo! Y, natural, pasó lo que lógicamente tenía que suceder: el galán de la dama insultada peló una lata de regulares dimensiones y tras un breve reboleo previo le charquió la fisonomía al pobre *Vasco-Negro*, que quedó allí no más hecho una basura.

Demasiado que conocen ustedes al guapo de la charquiada: es aquel mozo que vimos en la Comisaría de Vizcachuelas; sólo que como tenía el chambergo requintao sobre la ñata, no se habrán fijado bien.

En cuanto al *Vasco-Negro,* ya está bueno; gracias.

Pero no ha vuelto más á hacer de las suyas porque dice que le salían demasiado *hirientes.*

SEVERIANO LORENTE.

General Villegas.

Dibujos de Cao.

EL ATENEO Y EL CÍRCULO DE ARMAS

Estas dos instituciones, definitivamente encarnadas ya en la sociabilidad porteña, realizaron en la semana sus elecciones de presidente, á la manera democrática, pero sin las ingeniosas vivezas que son el complemento obligado de toda elección política. Parece que las del Ateneo y del Círculo de Armas no dejaron nada que desear, ni en la forma ni en el resultado, porque salió electo para presidir el Ateneo el doctor Carlos Baires, escritor concienzudo y erudito, cultor sincero y desinteresado de las bellas y buenas letras, que ha llevado su altruísmo hasta escribir, entre otras cosas útiles, un excelente libro sobre la propiedad literaria y artística en la República Argentina; y para presidir el Círculo de Armas resultó reelecto, sin necesidad de imponerse por la fuerza á sus electores, como también es de práctica en las democracias de sangre caliente, el señor Alejandro Madero, *gentleman* perfecto, *sportsman* fríamente apasionado de todos los ejercicios viriles, con tal que no carezcan de distinción, hombre de codiciada amistad y de selecta mundología. Dadas las condiciones que distinguen á los dos nuevos presidentes y la índole especial de sus respectivas gobernaciones, puede decirse que ambos son *the right man in the right place.*



Dr. Carlos Baires
Presidente del Ateneo



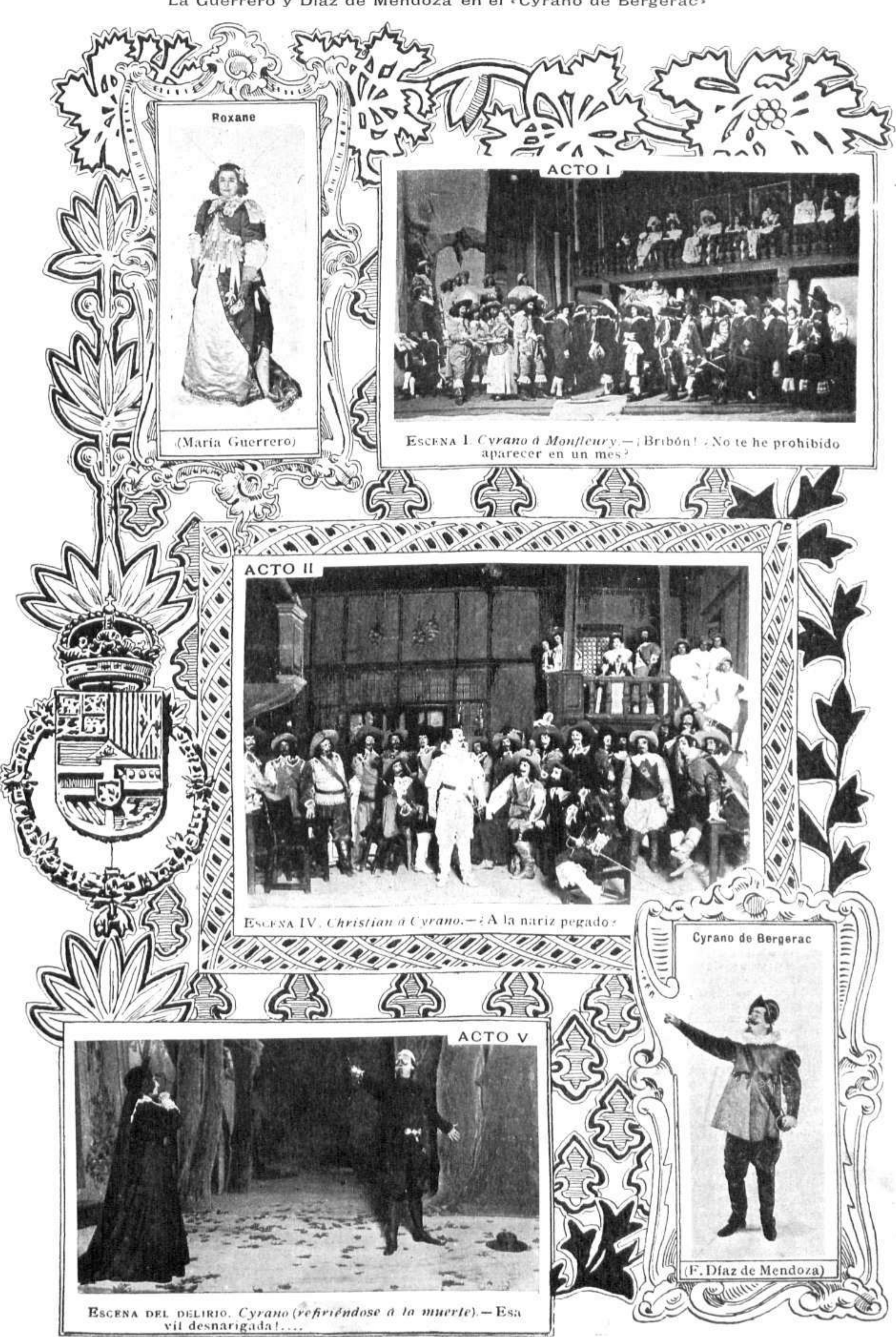
Sr. Alejandro Madero
Presidente del Círculo de Armas

Para inaugurar su período presidencial, el doctor Baires ha reabierto las conferencias literarias en el Ateneo, y trata de estimular por todos los medios á su alcance la concurrencia de socios á las fiestas que se preparan.

Sus esfuerzos son plausibles, y si realiza siquiera la mitad de lo que proyecta, el Ateneo será dentro de poco tiempo un verdadero centro intelectual.

NOCHES DEL ODEON

La Guerrero y Díaz de Mendoza en el «Cyrano de Bergerac»



(María Guerrero)

ESCENA I. *Cyrano á Montfleury.*—¡Bribón! ¿No te he prohibido aparecer en un mes?

ESCENA IV. *Christian á Cyrano.*—¡A la nariz pegado!

(F. Díaz de Mendoza)

ESCENA DEL DELIRIO. *Cyrano (refiriéndose á la muerte).*—Esa vil desnarigada!....

Dibujo de Castro Rivera.

MONSTRUOS ARGENTINOS



Un islote del río Paraná

Si alguna vez ha quedado demostrada la verdad del popular refrán *«La experiencia es madre de la ciencia»*, ha sido con ocasión del hallazgo del *Neo Mylodon Listaii*, recientemente comunicado á los sabios del mundo por nuestro ilustre doctor Florentino Ameghino.

Los que durante muchos años hemos vivido á orillas de nuestros magníficos ríos Paraná y Uruguay surcando las caudalosas ondas de su cauce y de sus múltiples riachos, *carpinchando*, ó buscando dulces colmenas de *lechiguanas* y *camuatis* en las islas que sus aguas bañan, hemos oído fantásticas narraciones de monstruos fabulosos, que los isleros refieren con misterio, asegurando haberlos visto, ú oído sus bramidos, ó saberlo por tradición de sus antepasados.



Esqueleto de Mylodon fósil

Allá por los años 1876-77 hallábame midiendo los *Anegadizos del Paraná*, entre la ciudad de su nombre, el gran río, las tierras altas y el promontorio de Punta Gorda, que hoy se llama Diamante, y en los largos meses que invertí en la operación geodésica, por cuenta del mulato Candioti, que los solicitó en compra al Gobierno de Entre Ríos, ocurrió un incidente terriblemente trágico que enlutó el hogar de mi colega Arigós, influyendo en la dispersión de mi peonada: fué el caso que un garrido joven de este apellido, que cazaba patos en las lagunas del bañado, acompañado por otros estudiantes de su edad, fué sumergido y devorado por un *yacaré*.

En el silencio y lobreguez de las noches que siguieron al terrible drama, mientras el *churrasco* crepitaba sobre las rojas brasas del fogón, y el *cimarrón* paraguayo circulaba de mano en mano, cebado por mi peón de confianza y compadre de óleos, un tal Quiroga, arroyero, excelente baqueano y buen hombre estando *fresco*, pero que con el *trago* le daba por emular á todos los Moreiras, Calandrias y otros *guapcs mentados*, las conversaciones giraban al rededor de cuentos lúgubres.

Recuerdo uno que produjo el pánico entre la ya mermada peonada que esa noche se dispersó casi por completo. — Quiroga refería la existencia de un monstruo de grandes dimensiones llamado *Yaguaroy*, que habita en las grandes profundidades de los remansos del Paraná, que socava las barrancas para producir su desplome y devorar los seres que caen al río. En el silencio nocturno, apenas turbado por la voz del narrador, se percibía claramente el clapoteo del oleaje y la corriente batiendo contra la orilla, *clap, clap.... clap, clap....* De repente, cerca de nosotros, se produjo el derrumbe de un trozo de barranca poblada de chilcas y de sauces, entrelazados por la trepadora *mburucuyá*, y el estruendo de la caída, y el desgarramiento de la enredadera y de las ramas que á chasquidos se rompían, fueron superados por un estentóreo *¡¡ah.... jóóó!!!* seguido como de fuertes coletazos sobre el agua. ¿Era el terrible *Yaguaroy?....* ¡Quién sabe!

Vidaechea, mi ayudante, que un momento antes se había separado á sotavento de nosotros, *á preparar carnada de espinel*, trabajaba en cuclillas sobre el veril de la barranca, dando espaldas á la corriente y agarrado á dos gajos de sauce, fué precipitado al río en lo mejor de su faena, y hubo de cortar el hilo de su cable, zabullir con aparejo y todo, y bracear como buen bermeano avezado á luchar contra el agua, aunque nunca tal vez como en estas apuradas circunstancias.

No olvidaré desde entonces, que debe acamparse á diez metros por lo menos del río; que *Yaguaroy* significa en guaraní *perro ó tigre del agua;* que desde el delta del Paraná en el estuario, hasta Corrientes, hay una porción de riachos que los isleros y nuestros mapas hidrográficos llaman *Yaguaroy ó Yaguarón;* y que *Yaguá*, sin duda por onomatopeya del ladrido, significa *perro*, como *Yaguareté*, el jaguar de los naturalistas, es el *tigre* ó el *perro grande* de los guaraníes, como *Uauá* el tigre de los indios lules y tonocotés, según el doctor Larsen.

II

Después de transcurridos 22 años del suceso anterior, hallándome en comisión del Gobierno Nacional en el Territorio de Misiones, supe que el teniente Basualdo, subdelegado del puerto de Santo Tomé, en la costa del Alto Uruguay, fronteriza del Brasil, comunicó al Prefecto General de Puertos la existencia de un gran monstruo anfibio, cuya guarida señalaba en un gran remanso profundo, cerca de su sede, que creía fuera un *hipopótamo*, al que los brasileros ribereños llaman *mio-cao*, pues los que lo habían visto nadar en el río y pastar en las riberas, aseguraban no ser *Danta, Anta ó Gran bestia*, comunes allí, ni tener parecido con ningún otro animal de los que abundan en aquellos pagos.



Mylodon fósil restaurado por Owen

Recordé inmediatamente el cuento del *Yaguaroy*, y con la petulancia que da el haber leído un poco de historia natural ó haber conversado con Francisco P. Moreno, de cosas que no se entienden, *¡hum!*, dije, conque *hipopótamos*, eh?... y sin dignarme ir de Apóstoles, donde estaba, hasta Santo Tomé, que tenía á un paso, volví muy orondo á Buenos Aires.

En La Plata referí al doctor Ameghino los episodios más notables de mi viaje, sin omitir, por cierto, y con tonillo de suficiencia, la versión del animal de Santo Tomé. — Ah! me dijo, usted se ríe ¿y por qué? — Bravard, en estos manuscritos que de él guardo, — dijo mostrándome un legajo, — habla del hipopótamo fósil argentino, y aquí tiene usted, añadió, esta otra cita del *Manatus*, del Paraná y del Uruguay, análogo al *Ma-*

natí ó *vaca marina* del Amazonas. ¿Conocemos acaso toda la fauna viva de aquella región inexplorada? — Vea, mi buen amigo Basaldúa, hay otra novedad de más bulto: ¿sabe usted á qué horizonte geológico pertenecen los *Mylodon?* — Sí, su aparición es señalada á fines de la *Terciaria* ó comienzos de la *Edad Cuaternaria,* me parece.

—Bien: aquí tiene usted los *huesecillos fósiles* característicos de la coraza de aquel enorme cuadrúpedo. ¿Qué diría usted si le dijera que vive actualmente el *Mylodon?*

—Hombre, diría que *vive en los libros,* como *no coração dos seos amigos* el heroico guerrero que *morreu sem morrer,* general PEITO DE FERRO, de la leyenda brasilera.

—Pues yo le afirmo que vive en nuestra desierta Patagonia, y aquí tiene usted la prueba, añadió, poniendo en mis manos unos *huesecillos frescos,* iguales á los fósiles, y un trozo de *cuero fresco* de aquel mismísimo animal.

—Bueno, repliqué; pero habrá venido en algún *iceberg* del Polo Sur, como el famoso mastodonte que á principios del siglo vino en igual vehículo desde los mares del Polo Norte á los de Europa; y esto no probaría que *vive hoy,* sino que *vivió hace millares de siglos,* cuando era cálida aquella región.

—No, amigo; este cuero de Mylodon no ha venido en icebergs del polo, sino de las riberas del lago *Colhué-Huapi,* cazado y muerto por el indio Hompen, que está allí á mi servicio. Además, sabía hace tiempo por mi hermano Carlos, jefe de aquellas expediciones, que los indios *Tehuel-chés* conocían la existencia de este monstruo, que llaman *Yemis-che* en su idioma, y significa *tigre del agua,* al que tienen terror supersticioso, por su aspecto feroz, sus hábitos nocturnos, su fuerza y su bramido, y su completa invulnerabilidad á los tiros de remington.

Fíjese en este mapa de la Patagonia: ¿ve usted el *paradero* Yemis-che-Kaike? pues refieren los indios que allí ocurrió un terrible drama con aquel monstruo, y por nada quieren acampar allí, á pesar de la buena aguada y pastizales, y mucho menos vadear el lago, ni el río Senger, por temor á sus ataques.

—Pero, doctor, el *Mylodon* restaurado por Owen, le representa desgajando árboles, con hocico y manos, apoyado como en un trípode sobre la cola y patas traseras, pero no palmípedo-acuático, ni anfibio, como usted me lo describe.

—Estos son los datos que poseo, y el error de Owen, si lo hubiere, lejos de amenguar su gloria, servirá para honrar á la *Ciencia* que, á diferencia de los *Credos,* admite todas las hipótesis probables, y no hace artículo de fe sino de lo que está evidentemente demostrado.

III

Ante las pruebas palpables de la existencia del monstruo, y en el deseo de hacer cooperar al gobierno de la provincia en la adquisición de un *Mylodon vivo,* verdadera maravilla *fin de siècle,* escribí al señor Ministro de Obras Públicas, Saldías, que lo es de verdad, y lleno del deseo de dejar honda huella de su paso, según son los cambios que ha introducido en la dirección de la Facultad de Agronomía, en la Oficina Química, en la Biblioteca, y en la Dirección de Agricultura, arrojando á la calle nulidades como Gallastegui, Ameghino y otros, para sustituirlos con eminencias de arriba. Mi carta subió hasta el despacho del señor Gobernador, y comentada, descendió hasta el Museo de La Plata, donde pudo ver el ministro otro fragmento de cuero-coraza de Mylodon, traído desde el río Huemules (Chile), en el *Azopardo,* por Moreno, Beaufils y Hauthal, creo, pero que no clasificaron, ni comunicaron su hallazgo al gobierno ni al mundo científico, ocupado como estaba el jefe en el peritaje de la cuestión internacional, hasta que la pregunta del ministro fué confirmada en el acto por aquellos sabios, que se debieron sorprender agradablemente al saber que otros sabían su secreto.

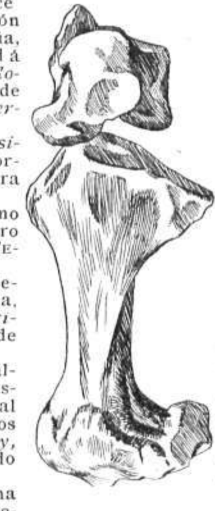
El señor ministro me prometió contribuir con una fuerte suma á los gastos de caza del *Mylodon,* cuando tuviera dinero y tiempo para estas nimiedades, y no dudo que lo hará si le dejan un tiempito más en la poltrona, donde actualmente no le falta más que organizar el Observatorio Astronómico y las facultades científicas que desorganizó.

Afortunadamente, hay gente aquí y en Chile que tiene dinero y tiempo para invertirlos en estas zonceras científicas; y el reciente arribo del Lord Cavendish á Buenos Aires, y su viaje actual al Chubut, tienen por único objeto la caza del monstruo.

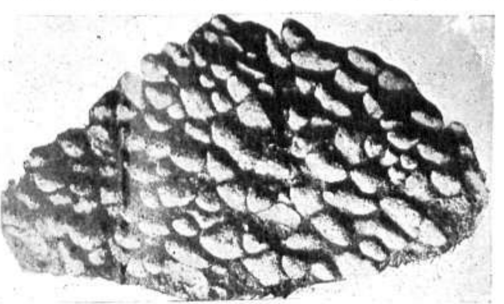
Noticias de último momento, del lago Musters, refieren el ataque al Mylodon por tres expedicionarios de la partida del ex bibliotecario del Museo de La Plata, y su huida ante la invulnerabilidad de la coraza del monstruo, y sus agresivos furores; pero es seguro que al fin caerá prisionero del hombre.

Existe, pues, el famoso *Yemis che* de los indios Tehuelches, y los que creían que el monstruoso *Su* ó *Sukara,* descrito prolijamente por el ilustre padre Lozano, como habitante del Sur de Buenos Aires, era un cuento de indios ó frailes ignorantes, se convencerán ahora que no deben desdeñarse como mitos fantásticos las narraciones de los indios y de los gauchos observadores del desierto. En guaraní, como en tehuelche, se llama al monstruo *Tigre del agua.* ¿Será, pues, una sola y misma cosa el *Sukara,* el *Yemis-che,* el *Yaguaroy,* y el animal desconocido de Santo Tomé?

Mientras nuestra gran prensa enmudecía, las revistas y los grandes diarios europeos y yankees dedicaban páginas enteras en honor del argentino Ameghino. *¡Qué tontos son aquellos gringos!*



Fémur de Mylodon fósil



Parte interior de la coraza de un Mylodon, remitido á Londres por el Dr. Ameghino

Uñas del Mylodon actual

Fot. de CARAS Y CARETAS *y de «New York Presse».*

F. DE BASALDUA.

LA FONS Y ANGIOLETTI



El tenor Angioletti

Con la actual compañía lírica ha venido, de aquel rincón florido de la tierra de España, donde el sol tiene rayos más cálidos, y los ojos de mujer más voluptuosa soberanía y los talles más garbo y las almas más pasión, y más poesía los cantares,—donde se sabe como en parte alguna decir decires de amor y narrar sus pesares y referir sus regalados dejos,—acompañando á su esposo, el tenor Angioletti, que en la industriosa tierra de Cataluña donde vió la luz, se llamaba Jaime Bach — de allí vino, decíamos, una artista que no viene como tal, pero que, según las historias del arte, lo es por inclinación y por naturaleza, ó mejor dicho, lo era, porque el amor la obligó á poner sus triunfos de la escena en el capítulo de las cosas pretéritas. Elena Fons-Checa, de deslumbrante belleza,—verdadera sevillana con toda la gracia de Andalucía y la sal de la tierra, creó en su hermosa ciudad morisca el papel de *Carmen,* que se diría escrito por Bizet adivinándola. El matrimonio la sacó del teatro, que parecía su ambiente natural, y en calidad de señora de su señor, viene simplemente á estas tierras de América... Pero aquí la gente es muy golosa en materia de arte, y se le ha despertado un apetito militante por paladear una *Carmen* hecha por semejante andaluza. Será bella cosa que Buenos Aires tenga el privilegio de devolver la facultad del arte y la gracia del canto á esta alondra de España, aunque sea por el fugaz espacio de una noche lírica.



Elena Fons de Bach



Los ingenieros Heynemann y Haack y el barrilete de su invención

Se trata de un invento que puede ser útil y que, desde luego, es interesante y curioso. Los barriletes en cuestión son, poco más ó menos, los clásicos *papagayos*, tan vinculados con las caras memorias de los años de escuela, origen de tantas alegrías y de tantos pesares contundentes. Los ingenieros Heynemann y Haack han inventado un aparato compuesto de numerosos barriletes combinados, que entre sí se estimulan á subir y reuniendo por una ingeniosa correlación de impulsos sus diversas energías, llegan á determinar una potencia ascensional considerable, no bien calculada todavía, pero de evidente eficacia, ya capaz de elevar, en el estado aun materialmente imperfecto del aparato, una barquilla con un tripulante adulto, á más de 60 metros de altura, y con un niño á 100, con menos riesgos que el que ofrecen los globos cautivos, porque un cañonazo que perfore el globo lo inutiliza, mientras que un barrilete cazado, ó dos, ó tres, no disminuyen sino en grado muy reducido la fuerza ascensional del nuevo aparato, sin inutilizar á éste.

El procedimiento empleado para remontar los barriletes y llevar el extremo del cable destinado á reunirlos en un haz y sostener la barquilla, es el tradicional procedimiento de remontar cometas. Primero va á los aires uno pequeño, que es el guía, y luego van siguiéndolo otros, de tres tamaños alternados, equidistantes entre sí y del guía, viniendo á formar la serie de barriletes remontados como un vistoso racimo, cuyos hilos convergen á la cuerda que los reune y que por ellos es elevada á los aires. Según la dimensión de los barriletes, esta cuerda puede llegar á ser un cable de alambre y alzar pesos muy considerables. Los inventores entienden que su aparato puede ser provechosamente utilizado en ciertos servicios militares: para hacer exploraciones y reconocimientos; para tomar croquis y vistas fotográficas de campamentos, fortificaciones, etc.



Elevación de los barriletes con la barquilla

Gestionan ahora recursos para perfeccionar el aparato, pues afirman que, mejorados su armazón y el material que cubre los barriletes, empleando en aquélla alambre de acero y en éste seda, gutapercha ú otra materia resistente y liviana, el invento alcanzará condiciones muy superiores á las que ya actualmente lo caracterizan.

El comandante Dellepiane ha sido oficialmente comisionado para presenciar los ensayos del nuevo aparato é informar sobre sus resultados.

En presencia suya y de otros jefes y oficiales del Estado Mayor se han hecho algunas pruebas en Barracas al Sur, obteniéndose resultados positivos.



Vista panorámica tomada desde la barquilla

Fot. de CARAS Y CARETAS, *y de Rimathé*.



PARA tirios y troyanos las ordenanzas policiales eran letra muerta. Al hacerse cargo de la Jefatura política, el coronel Jerez se enteró, sin sorpresa—porque es hijo legítimo del país de las esquinas redondas y de las dictaduras constitucionales—de que los mismos que tenían el deber de respetar ciertas disposiciones eran los primeros en rebelarse contra ellas, y se propuso, por su cuenta y riesgo, provocar una revolución sonada, de esas que tiran de cabeza á cualquier funcionario al abismo del ridículo ó le empujan rápidamente hacia el templo de la popularidad. Dando muestras de cordura, el severo funcionario solicitó el auxilio de la prensa, y ésta le ofreció hasta su aplauso. Una buena mañana, de celajes anaranjados en el horizonte, y en momentos en que la población echaba el último sueño, los agentes policiales salieron de sus oficinas, y se situaron en acecho en todas las bocacalles, con un montón de disciplinas extremas en el meollo. Y como el criterio de la mayoría de los guardias civiles corre parejo, en flexibilidad, con la columna de mármol que sirve de base á la estatua de nuestra libertad, con cadena y todo, las disciplinas cayeron por igual sobre las espaldas de los delincuentes verdaderos y las de los que no lo eran en intención siquiera. La cosa produjo un gesto enorme de indignación, que durante unas cuantas horas encogió feamente á casi todo Montevideo. Nadie quiso pasarse sin ser víctima: víctima fué el cochero que elegía la izquierda de la calle en lugar de la derecha; el verdulero que arrojaba, conjuntamente con una palabrota, su canasta de legumbres sobre las pantorrillas de las mujeres; el changador que ocupaba toda una vereda con el baúl-mundo que llevaba á cuestas; y el diputado que, valiéndose de su impunidad, pretendía transitar con su carruaje sobre las humanidades de los habitantes del municipio. Hasta el ciudadano que, en un deliquio mezquino é innoble, se hacía voluntariamente reo de lesa infidelidad á los mingitorios, intentó justificar su delito con los apuros inevitables á que está sujeta, en ciertas ocasiones, la vil materia. Las comisarías se llenaron de infractores y la jefatura de trastos viejos. Mientras unos—los más discretos—abonaban resignadamente las multas y se retiraban cabizbajos á sus domicilios, los otros—los más rebeldes á todo principio de autoridad,—arrojaban sus bultos á los pies del comisario y se constituían altivamente en prisión. La mayoría de los floristas depositaron allí su mercancía, que se sorprendió de verse confundida con los cajones de los limpiabotas, con las herramientas de los albañiles, con las canastas de los *masiteros*, con los cargueros de los lecheros, hasta con las camisas de cierta mujer....! A esta desdichada mujer se le ocurrió salir á la calle con dos camisas en el brazo, y el guardia civil la condujo á la comisaría. El ejemplo fué aprovechado por muchos que antes de salir de paseo se apresuraron á dejar cuidadosamente encerrada aquella pieza interior en lo más interior del guardarropa. A un inofensivo cojo se le prendió porque, á juicio del celoso representante de la autoridad, las muletas entraban en la jurisdicción de los bultos, y á una señora se le sometió á una prolija inspección porque se la sospechó de ocultar un bulto debajo del abrigo. Para consuelo de la gente humilde, que ha sido la más castigada, se cuenta el caso de un policía que detuvo el carruaje de un magistrado de muy alta investidura, sin permitir que descendiese de él una silueta femenina que se destacaba sobre el fondo de raso del vehículo, y que pedía, con voz suave y temblorosa, un poco de indulgencia y consideración.... Pero á nadie se concedió indulgencia: la piedad había sido arrancada de cuajo de todos los pechos policiales por los inhumanos comisarios. Porque resultó, á la postre, que el coronel Jerez no tenía culpa alguna en el desaguisado, y que sus subalternos habían extremado el rigorismo para vengarse de las inyecciones de moral que ha venido introduciendo á la fuerza en la sangre de su policía. El chaparrón, sin embargo, cayó sobre la cabeza de aquel funcionario, á quien muchos no le perdonan unas cuantas horas de cárcel ó unos reales menos en el bolsillo. Para dar al pueblo una prueba de su sinceridad, lanzó á última hora un *perdono á tutti*, en momento en que las comisarías desbordaban de infractores, prometiéndose compensar su rasgo de indulgencia con el castigo que merecen los que pretendieron fumárselo en cachimbo. «¿Han encontrado bueno este Jerez para tomarlo en copa ó en jarro?....—se ha dicho él.—¡Bueno!... Pues ya tendrán Jerez puro hasta emborracharse.... de rabia!»

EDUARDO FERREIRA.

Dibujos de Sanuy.

JUAN MOREIRA, POR VILLALOBOS





De La Plata.

El martes dijo un diario: «Nada de nuevo ha ocurrido ayer por el lado de la intervención».

—¿Qué lado será ese?—
dice Irigoyen
á los que sus palabras
esperan y oyen.
Y responde un sujeto
que está en la rueda:
—¿No será el lado flaco
de Avellaneda?

✳

Asegúrase que en la mayoría de los regimientos de guardia nacional se distribuyen pantalones y chaquetillas, pero no calzado ni kepíes.

—Eso—dice un enemigo de la militarización—es la mejor crítica que puede hacerse de los proyectos del general Campos. No hacen falta kepíes ni calzado donde hay proyectos sin pies ni cabeza.

✳

Petrona, joven muy elegante,
quien antes sólo se enamoraba
de los muchachos que gastan frac,
hoy quiere á un tipo medio atorrante,
porque el tal tipo de ser se alaba
tan narigudo, tan arrogante,
como Cyrano de Bergerac.

Nos figuramos el resultado
de la aventura, pues si Petrona
sigue queriendo con frenesí
al individuo que hemos citado,
éste de fijo que la abandona
en compañía de un desgraciado
niño llamado
Cyrano Pérez ó cosa así.

✳

En Concordia se habla de dos duelos pendientes entre personas conocidas de aquella población.

Si tal cosa sucede en una ciudad, obligada á ser pacífica por el nombre que lleva, comprendemos que los reyes de diversos países se hayan roto el alma al grito de—¡Paz y *concordia* entre los príncipes cristianos!

✳

Un grupo de distinguidas señoras y señoritas patrocinan el proyecto de levantar un templo en Ramos Mejía, á cuyo fin se celebrarán fiestas de sociedad y funciones teatrales, las que se espera den un buen resultado pecuniario.

Si reunir consiguen esas damas,
con sainetes y dramas
los fondos necesarios para el templo,
¿se extrañará la gente
de ver incontinente
que los actores salen
pidiendo que un teatro les regalen
con sermones y misas, por ejemplo?

Frase hecha

Según datos tomados
de buena fuente,
salimos á diez crímenes
diariamente.
—¡Qué delicioso
país!—cuando lo sepa,
dirá Lombroso.

✳

Se habla del congreso internacional de telegrafistas, que ha de celebrarse en Como.

—Parecerá una reunión de sordomudos,—dice un ciudadano.

—¿Por qué?

—Porque los telegrafistas, haciendo honor á su profesión, hablarán por signos.

✳

Un señor de levita
citó á Mercedes y faltó á la cita,
y un obrero de blusa
le dió dos bofetadas á Jesusa.
¡Angel de mis amores,
desconfía de obreros y señores!

✳

Me robaron el reloj,
Yo no sé cómo sería.
—¿Pero, usted no lo sintió?
—¡Y lo siento todavía!

✳

Ricardo Palma ha tenido la gentileza de enviarnos, juntamente con las *Ñoñerías* que publicamos en el número anterior, un ejemplar de sus «Recuerdos de España».

—Han puesto á la venta los señores Roberto Reynolds y Walter R. Power, un Manual de juegos atléticos, del cual son autores.

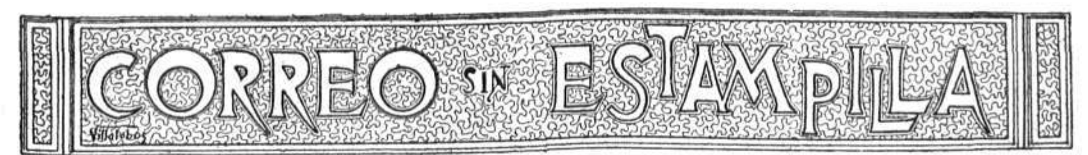
—El editor señor Juan A. Alsina ha publicado la segunda edición de la Filosofía de la Historia, del doctor Benjamín Sánchez, y que ha merecido elogios de toda la prensa porteña.

—Anuncia su aparición con un elegante prospecto ilustrado en colores, una nueva revista semanal titulada *Arlequín*, dirigida por Roberto J. Payró y dibujada por Cao, nombres sobrado conocidos en el arte y en las letras, para asegurar el éxito de la publicación.

—En *La Valse des Amours — 5 e valse americaine* (Boston) Style Louis XV—compuesto para piano por el Sr. Emile Scanavino, tienen los aficionados á la música bailable una nueva pieza con que aumentar su selecto repertorio.

✳

Como *Mercurio* omitiera—al ocuparse, en el número anterior, del bazar artístico de los señores Baron Hermanos y Compañía—que dicha importante casa de comercio se halla en la Avenida de Mayo número 625, creemos justo consignarlo en estas líneas.



Pingüin, Buenos Aires—Lo único bien escrito es el sobre.

Zat., Buenos Aires—Sumamente largo y extraordinariamente aburrido.

B. G., Buenos Aires—¿También usted es de los que dicen *ojezto?*

F. C. de C., Buenos Aires—Muy bien *redactado* el queso. Envíe frecuentes colaboraciones.

Cefirillo, Buenos Aires — Cefirillo de ingenio, pero ciclón de macanas.

T. S., Buenos Aires—No se ha recibido.

V. R V., Buenos Aires — Es muy feo hacer chistes con los parientes difuntos.

A. R , Mendoza—¿Por qué no le canta al padre Adán, ya que le gustan los viejos y la poesía sin ropaje?

Plumila, Rosario—*Non possumus.*

Carpincho, Rosario—Han pasado ya dos semanas y todavía no hemos podido reirnos.

S. S., La Plata—Si lo sabe el interventor, le anula.

Un debutante, Bragado—¡Mal debut! Todos le dirán que eso es muy pedestre.

S. S., Goya—Sus iniciales están de acuerdo con su artículo, porque es *soberanamente sonso.*

Mosén Pipiolo. Catamarca—Siente Vd. un menosprecio absoluto por la ortografía.

V. A., San Nicolás—Un poco largo, pero muy lindo. Se publicará.

Zig-zag, Córdoba—Se ve que tiene Vd. afición á la pintura.... de puertas y ventanas.

No se devuelven los originales

LA EMPRESA

DE POMPAS FÚNEBRES Y CARRUAJES DE PASEO

DE

FONTANA, GUTIERREZ Y MAFEI

SE TRASLADA Á LA

CALLE SANTIAGO DEL ESTERO 124 AL 148

Entre Alsina y Victoria

Tiene también cómodas cocheras y espléndidos box para los carruajes y caballos particulares. — *Teléfono 3116.*

JOAQUIN FERNANDEZ

TENEDOR DE LIBROS

Se encarga de la apertura de Libros de Contabilidad en general, formalización de Inventarios, Balances, como también arreglo de libros atrasados ó defectuosos por haber sido mal llevados, etc.

Acepta igualmente en comisión, órdenes legalmente autorizadas, sobre cobranzas de créditos, transacciones y convenios extrajudiciales, cuya procedencia de aquellos tenga directa relación con asuntos comerciales.

HONORARIOS CONVENCIONAL

REFERENCIAS GARANTIDAS

PIEDRAS 530 (ALTOS)

$ 500.000 m/n

GRAN LOTERIA — 24 DE MAYO DE 1899

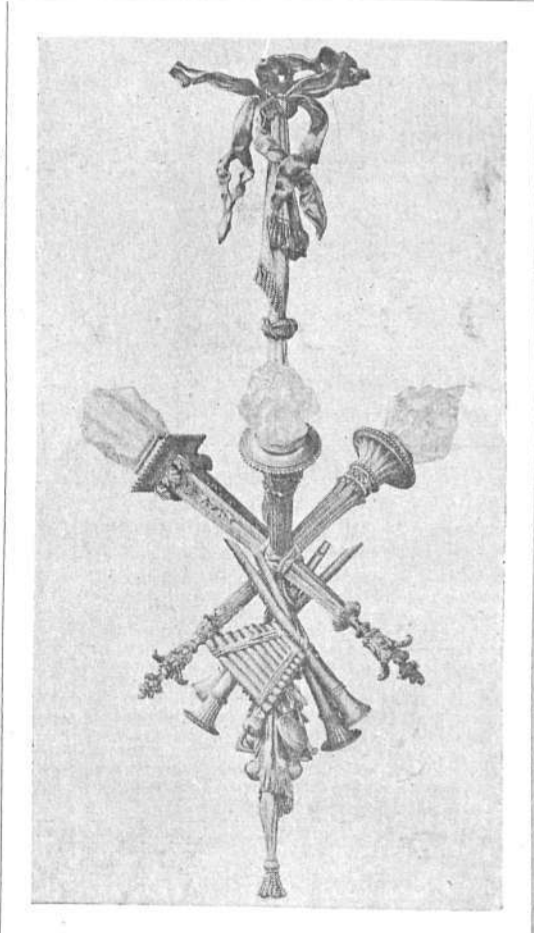
CASA DE SUERTE

La acreditada y afortunada Agencia de Lotería establecida en la calle ***Florida 422*** de

SEVERO VACCARO

avisa á su numerosa clientela de la capital y campaña, como también á sus agentes, que tiene desde ya disponible una gran cantidad de billetes de esta gran lotería. A todo el que lo solicite se le remitirá libre de porte, en carta certificada y bajo segura custodia la cantidad que desee desde un décimo de billete, como ha sido costumbre de la casa hacerlo todos los años. **El billete entero vale $ 100 y el décimo $ 10.** — Buenos Aires, Abril 1.º de 1899.





LA PROGRESISTA

Gran Fábrica de Artefactos para Gas y Electricidad

AZARETTO Hnos

GRAN DIPLOMA DE HONOR

EXPOSICION NACIONAL DE 1898

UNIÓN TELEFONICA 8726

Exposición: CALLE CUYO 1901

Talleres: CALLE RIO BAMBA 336

NUEVOS PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN (Pagadera por adelantado)

EN LA CAPITAL

Trimestre	$	2.50
Semestre	»	5.00
Año	»	9.00

Número suelto.... 20 centavos
Número atrasado 40 centavos

NOTA.—A los suscriptores de semestre y año que hayan satisfecho su abono con arreglo á nuestra primera tarifa, se les acreditará la diferencia, prorrogándoles el término de la subscripción.



SEMANARIO FESTIVO, LITERARIO, ARTÍSTICO Y DE ACTUALIDADES

APARECE LOS SÁBADOS

DIRECCIÓN, REDACCIÓN y ADMINISTRACIÓN

MAIPÚ 392 — BUENOS AIRES

UNIÓN TELEFÓNICA 2316

NUEVOS PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN (Pagadera por adelantado)

EN EL INTERIOR

Trimestre	$	3.00
Semestre	»	6.00
Año	»	11.00

EN EL EXTERIOR

Trimestre	$ oro	1.80
Semestre	»	3.50
Año	»	6.00

Para el exterior rigen los mismos precios á oro

Avisos desde **un** peso por publicación
Avisos en negro y al cromo á precios económicos





Viendo el éxito que hoy día
á este champaña acompaña,
gritamos con alegría:
¡Señores, viva el champaña
de *Calvet y Compañía!*







NÚMERO SUELTO { En la capital....... 20 centavos
Fuera de la capital 25 "